

Luis Chiozza

ENVEJECER

**Vivir muriendo
o morir viviendo**



libros del
Zorzal

Envejecer

LUIS CHIOZZA

Envejecer

¿Vivir muriendo
o morir viviendo?



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

Envejecer: ¿Vivir muriendo o morir viviendo? / Luis Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2025.

104 p.; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-599-963-3

1. Psicoanálisis. 2. Adultos Mayores. I. Título.
CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2025. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-963-3

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

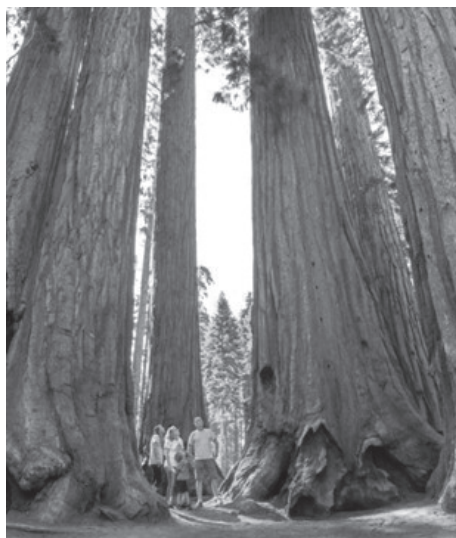
*A mi padre, que una vez, cuando escribí
“Navegar es necesario, vivir no”, me dijo:
“No te confundas, podrás sentirte viejo,
pero yo soy viejo,
y la diferencia es enorme”.*

Índice

Prólogo.....	15
Capítulo 1. Costumbres inocentes	23
Capítulo 2. Los años que tienes	27
Capítulo 3. Sorpresas	31
Capítulo 4. El hombre de la calle.....	35
Capítulo 5. Curiosidad y ternura.....	39
Capítulo 6. ¿Te acordás?	45
Capítulo 7. Recuerdos y proyectos.....	49
Capítulo 8. Mi cuerpo, los otros y yo.....	57
Capítulo 9. El camino de los sueños	63
Capítulo 10. Lo que las cosas son y lo que dicen	69
Capítulo 11. La subsistencia semántica	75
Capítulo 12. La vida se diseña a sí misma....	81

LUIS CHIOZZA

Capítulo 13. Personas y personajes	87
Capítulo 14. La inteligencia artificial	91
Capítulo 15. Pensaron.....	99



Sequoia milenaria



Ephemeroptera
Lepidoptera efímera

Porchia (en *Voces*) señala: “Esos diminutos seres que viven un corto momento, sabemos que viven un corto momento, pero no sabemos si viven cien largos años en el corto momento que viven”.

Reparar en que, junto a las gigantescas sequoias que existen desde hace milenios, una pequeña mariposa, *ephemeroptera*, que suele denominarse *efímera*, vive muy pocas horas, sólo para reproducirse sin alimentarse siquiera, nos conduce a recordar lo que afirmaba Victor von Weizsaecker cuando sostenía que todas las vidas duran lo mismo: *una vida*.

Para mostrar los profundos conocimientos que poseía Weizsaecker (el insigne médico alemán que, siguiendo el camino que Freud iniciara, creó una ciencia psicosomatológica y antropológica inigualada) acerca de la biología y la filosofía, alcanza con reproducir ahora,

de su prolífica obra escrita en diez volúmenes,
unas pocas palabras:

Aprendimos que el ser humano se compone de tejidos y que los tejidos se componen de sustancias químicas. Aprendimos que todo esto se modifica en las enfermedades de acuerdo con la forma y la composición. Ahora podemos emitir un juicio: esto está enfermo. Pero el enfermo puede decir “yo estoy enfermo”.

¿Es que una célula puede decir yo? ¿Es que una molécula, un átomo, un electrón pueden decir yo? ¿Quién es aquel que dice yo? Sólo nos enseñaron cuestiones acerca de cosas que son algo. No aprendimos nada de cosas que son alguien. Pero la consulta comienza con alguien que dice: “Estoy enfermo”.

Tal como señalaba Freud, el médico no podrá jamás dejar de considerar lo que ocurre en el alma de su enfermo, porque la otra parte involucrada en el proceso terapéutico, es decir, el paciente, no tiene la menor intención de permitirlo.

Prólogo



“Vivimos las cuatro estaciones
de nuestra vida en el otoño
de nuestra vida”.

“Y si nada se repite igual,
todas las cosas
son últimas cosas”.

ANTONIO PORCHIA

LUIS CHIOZZA

“El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”.

CHUANG TZU

En el libro, muy breve, que hoy pongo en manos del lector, no diré nada que contenga un tema que no haya abordado ya en otros libros dedicados a consignar por escrito mis *apuntes de todos los días*. Es cierto, sin embargo, que es imposible repetir, tanto durante la escritura como en la lectura, dado que toda repetición

constituye una reedición modificada de lo que antes se dijo. Recordemos que el término “envejecer” designa un proceso que acontece por el mero suceder de la vida y se reserva para referirse a una cuarta etapa, la senectud, posterior a lo que se denomina la tercera edad, el climaterio. La senectud suele comenzar a los 70 años y transcurre envuelta, en general, por connotaciones negativas que no se encuentran en la palabra “añejo”.

Tal como expresa uno de los personajes de Pirandello: “El mal, todo entero, reside en las palabras. Llevamos adentro un mundo de cosas, cada cual el suyo. En las palabras que se dicen todos ponen el sentido y el valor de las cosas tal como están en su interior, mientras que quienes las escuchan inevitablemente las asumen, con el sentido y con el valor que tienen en el mundo que cada uno lleva adentro.

Creemos entendernos, y no nos entendemos nunca”.

No cabe duda de que entre el fárrago de palabras que lo condujeron a Hamlet a decir: “*Words, words, words*”, existen los discursos rimbombantes, ostentosos y llamativos que suelen ocultar la debilidad de las cosas que afirman, pero lamentablemente también abundan otros que conservan una cierta apariencia de seriedad y solvencia.

Dado que, según afirma el proverbio, “para muestra es suficiente un botón”, finalizaré este prólogo mencionando tres recursos que (gracias a la existencia del gerundio como forma verboide impersonal) permiten establecer la diferencia entre un tristísimo y deteriorante *vivir muriendo* y un saludable *morir viviendo*.

El primer recurso consiste en reconocer que, a medida que se envejece, es

imprescindible sustituir lo que se pierde envejeciendo (teniendo presente que “re-signar” no sólo es “renunciar”, sino también “resignificar”) disfrutando mientras tanto las gratificaciones que se pueden lograr. El segundo reside en que siempre, con los años, algún grado de sabiduría y sensatez se alcanza, lo cual constituye una compensación que no es despreciable, y a la cual se alude, por ejemplo, mediante los términos derivados de *senex* (“senil”, y no de *senior*), como “senado”. Pero el tercero, más importante, proviene de comprender que, si evitamos confundir el valor de la trascendencia con la perduración de nuestro nombre y aspiramos a la subsistencia de algunos valores espirituales que podrán florecer en las generaciones que nos sucederán, sentiremos, entonces, que lo malo está mal porque, precisamente,

lo categoriza el hecho ineludible de que, por más que dure, siempre acaba destruyéndose a sí mismo, mientras ocurre que, si el bienestar no existiera, aunque fuera con la efimeridad de las flores, no sabríamos lo que es malestar. Freud mencionaba el sentido antitético de las voces primitivas. No hay paraíso sin infierno ni infierno sin paraíso. El establecimiento de cualquier definición proviene de la comparación de lo definido con lo que se define.

Contemplando el índice del libro, se podría pensar que el tema constituido por el envejecer, anunciado en el título, desaparece. Lo que ocurre, en cambio, es que pierde su dramatismo de “esto se termina” y se diluye en la importancia que “con los años” van adquiriendo otros temas.

ENVEJECER

Dado que mientras hay vida hay esperanza, lo que mejor representa a la vejez es la fuerza que adquieren otros temas y, sobre todo, los puntos suspensivos.

Capítulo 1

Costumbres inocentes



Parafraseando lo que canta Sinatra en “A mi manera”, aunque ignoremos si la caída del telón final está cerca, podemos, como quería Machado, “volver la vista atrás, para mirar la senda que nunca se ha de volver a pisar”. Tal

vez alcancemos a divisar entonces el porqué y el para qué o para quién vivimos.

“Mores” proviene del latín y es sinónimo de “costumbre”, “hábito” o “uso”. “Morar”, en cambio, convoca la idea de habitar en un lugar. De “mores” deriva el vocablo “moral”, que alude a lo que se considera adecuado y correcto, conformando un conjunto de normas que rigen los actos en el transcurso de una convivencia. Importa subrayar, además, que hacerlo forma parte de un deber, un “tener que”, una “deuda”, y que hay dos tipos de deberes o de deudas: aquellos que constituyen obligaciones ineludibles, es decir, necesidades que, en tanto tales, son perentorias y no se pueden soslayar sin consecuencias desastrosas, y otros, de obligación más leve, que solemos caracterizar como deseos que, aunque nos disguste hacerlo, podemos contrariar. Mientras

respirar es necesario, ingerir proteínas vegetales o animales puede ser el producto de un deseo indefinidamente postergable.

No tendría sentido repetir cosas tan obvias si no fuera porque, una vez más, sorprende la sabiduría de Antonio Porchia, capaz de expresar, en frases muy breves, un conocimiento intuitivo y sensible que nos pone en contacto con realidades conmovedoras y profundas. En *Voces* afirma: “Pueden en mí, más que todos los infinitos, mis tres o cuatro costumbres inocentes”. Lo que sorprende no se encuentra en su referencia a las costumbres, sino en el hallazgo que lo conduce a decir que son inocentes y, además, unas pocas (tres o cuatro), las que “pueden” en él, frente a “todos los infinitos”, con los cuales alude al cúmulo de palabras infructuosas y fallidas con las que tantas veces intentamos compartir de qué vivimos.

LUIS CHIOZZA

Es un hallazgo “sensacional” darse cuenta del peso que tiene, en la sucesión de los momentos que transcurren para nunca más volver, la simplicidad de aquello que cotidianamente y sin ruido nos conforma sin cesar.

Capítulo 2

Los años que tienes



“Hay cosas que viven larga vida
porque viven muertas”.

ANTONIO PORCHIA

No sé si habrá ocurrido, pero se dice que una vez le preguntaron a un hombre muy anciano

cuántos años tenía y que, cuando contestó que quizá tuviera 5, todos creyeron que el estado mental de ese hombre, ya viejo, se había deteriorado. Pero, cuando una persona lo enfrentó diciéndole que lo que afirmaba no coincidía con el tamaño de su cuerpo, el anciano agregó: “Usted me preguntó cuántos años tengo, no cuántos tuve”.

La diferencia entre los años que tuve y los años que tengo permite prestar atención a cosas que habitualmente pasan desapercibidas. Quizá la principal consista en que existen aquellas cualidades que se conservan todavía, y otras que ya se han perdido, entre las cuales también hay que incluir las que, de manera consciente, no se recuerdan siquiera.

Sin embargo, y a pesar de que tanto Porchia como Weizsaecker señalan que todas las vidas duran lo mismo —“una vida”—, solemos

diferenciar entre aquellos de quienes se suele pensar que tienen por delante muchos más años de los que ya han vivido y otros de los cuales con frecuencia se piensa que han vivido ya muchos más años de los que podrán vivir. También es cierto que el pasaje de uno a otro de esos dos estados, que suscitan pronósticos que son diferentes, suele ocurrir, como tantas otras cosas de la vida, sin que la persona en cuestión adquiera consciencia de los cambios que le van ocurriendo.

Entre las cosas que Porchia dice, en forma brevísima, con eficacia certera, y que vienen al caso, citaré sólo cuatro...

“Lo mejor lo queremos de un mañana, siempre, y es de un ayer, siempre”.

“Para sentir mis cosas de hoy necesito el recuerdo de mis cosas de ayer”.

“Lo único que complace es el ayer”.

LUIS CHIOZZA

“Hoy no podría habituarme a como seré
mañana, mañana sí”.

Capítulo 3

Sorpresas



“Y si lo anormal fuese
realmente anormal
no existiría”.

ANTONIO PORCHIA

Aunque no todo lo que sucede en la vejez es
una merma progresiva de las capacidades que

se ejercen en la vida, no cabe duda de que algunas de ellas disminuyen mucho. No todas, porque algunas pocas cualidades, como, por ejemplo, la sabiduría, suelen aumentar. Recordemos que se dice que el zorro sabe por zorro, pero más sabe por viejo.

Leemos que “elegía” es una composición poética en la cual se lamenta un episodio que merece ser llorado. En el filme *Elegía*, dirigido por Isabel Coixet (realizado a partir de la novela *El animal moribundo*, de Philip Roth), el protagonista masculino, representado por el actor Bing Kingsley, reflexiona diciendo que Bette Davies sostuvo que la vejez no es para cobardes, y que Tolstói afirmó que es uno de los acontecimientos que más sorprende a un ser humano.

No todas las sorpresas son lindas, pero todas son sorpresas, y podríamos decir que las

distintas épocas de la vida (lactancia, niñez, pubertad, adolescencia, juventud, adultez, climaterio, senectud) nos enfrentan con algo inesperado que es necesario elaborar.

En torno a las cuestiones que suscita envejecer, cabe subrayar que algunos años antes transcurre el climaterio, que habitualmente sucede envuelto en connotaciones negativas, y que entonces, apresados por asuntos que nos parece imprescindible resolver, solemos decir “lo pensaré mañana”. Pero ocurre, “de pronto”, que ese mañana llega, y cuando llega se llama senectud, y todo lo que entonces sucede será de otra manera, jamás imaginada.

Sin incurrir en la insensatez de Don Quijote, que lo conduce a luchar contra los molinos de viento, debemos oscilar entre aceptar, como los Beatles cuando cantan emocionados “Let It Be”, o proceder sin vacilar, como

aconseja el proverbio español cuando dice: “A Dios rogando y con el mazo dando”. Porque, de acuerdo con lo que afirma otro proverbio español: “Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos, que Dios está con los malos, cuando son más que los buenos”.

Capítulo 4

El hombre de la calle



“Y si lo anormal fuese
realmente anormal no existiría”.

“Hay cosas que viven larga
vida porque viven muertas”.

ANTONIO PORCHIA

Las personas somos frágiles castillos de arena que deshace el mar. Los personajes, en

cambio, sólo dentro de los cuales vivimos, inmortales castillos soñados.

En general, decir “el hombre de la calle” es un modo de referirse a una persona normal y corriente. Tal vez podría decirse que es remitirse a un conjunto de cualidades que caracterizan a todos los seres humanos, al contrario de lo que sucede con otras características, que sólo se manifiestan en algunos.

Una vez que aceptamos que “el hombre de la calle” es un modo de ser que todos conservamos en un cierto porcentaje de nuestra constitución en cuerpo y alma, conviene intentar determinar no sólo la magnitud de ese porcentaje en cada cual, sino también en qué nos diferenciamos unos de otros para estructurarnos como seres particulares, algunos de los cuales, por motivos que no siempre se comparten, se convierten en personalidades valoradas como seres *distinguidos*.

Si tuviera que responder a la pregunta de cuál es el porcentaje de “hombres de la calle” que forman parte de una población civilizada (que es civil cuando habita ciudades), diría que oscila alrededor de un 70 %.

Sin embargo, un estudio cuidadosamente estructurado, relatado por Walther Tritzsch en *Los cambios en las relaciones humanas* (su contribución al simposio internacional realizado en Basilea en 1951, para el instituto dedicado al estudio de la economía con sede en Saint Gallen, y publicado en 1954 en el libro *La nueva visión del mundo*, de Jean Gebser y colaboradores), ha revelado que el aparato sensorial del ser humano, prescindiendo de micrófonos y altoparlantes, le permite comunicarse bien con unos veinte congéneres, y que cada veinte personas (un 5 %) nace un creador de iniciativas que se convierte en su líder. Allí,

además, sostiene Tritsch que el uso de micrófonos, altoparlantes, y otros tipos de comunicación mecánicamente asistida, ha conducido a que los creadores de iniciativas que se han quedado sin seguidores incurran, buscando alternativas para utilizar su ingenio, y evitando secundar proyectos ajenos, en las formas leves o graves de la criminalidad.

Capítulo 5

Curiosidad y ternura



“La curiosidad
es más importante
que el conocimiento”.

ALBERT EINSTEIN

“La curiosidad es la base
de la educación”.

“Mató al gato,
pero valió la pena”.

ARNOLD EDINBOROUGH

LUIS CHIOZZA

“Hay una cosa que se desea
siempre y se obtiene a veces: la
ternura humana”.

ALBERT CAMUS

Curiosidad y ternura son los dos grandes valores cuya vigencia testimonia que una vida transcurre en una convivencia saludable. Cuando la curiosidad nos motiva, cada acontecimiento nos lleva a interesarnos (a *interessere* con él) y a sentirnos vivos. Mientras que la ternura, que nos conmueve, nos llena de una gratitud no siempre consciente, que se llama de ese modo porque constituye algo grato.

Leemos que “curiosidad” es una palabra que proviene de “cura”, un vocablo que denota cuidado, esmero o inquietud y significa una herramienta evolutiva importante. Curioso es quien tiene un fuerte deseo de saber,

descubrir o enterarse de cosas nuevas, especialmente aquellas que llaman la atención o despiertan interés. La ternura, que deriva de “tierno”, con el significado de “blando”, “delicado”, “sensible” y “cariñoso”, proviene del adjetivo latino “tener” y suele usarse para referirse a un cariño entrañable.

Los antónimos de “curiosidad” y “ternura” son dos sentimientos monstruosos que nos condujeron a construir dos vocablos que hoy, cuando tantos presuntos entendidos hablan, impúdicamente, de cosas que ignoran, se usan con frecuencia: “soledad” y “angustia”.

La angustia es un temor “sin nombre” frente a un acontecer que ya ha comenzado y que, cuando se ubica ficticiamente en un espacio o un objeto, constituye lo que denominamos fobia. La soledad contiene dos grandes paradojas. Por un lado, es un sentimiento que

todos compartimos por el hecho, incontrovertible, de que cada cual es igual a sí mismo. Lo compartimos, además, porque hemos nacido solos, y en el momento de morir lo haremos solos. Por el otro, dado que nos sucede a todos, podemos decir, como lo hace Porchia, “de uno solo no hay nada, ni la soledad. Cuando mi dolor no es tu dolor, una misma soledad vuelve a reunirnos”.

Sin embargo, mientras la curiosidad pone al ingenio en la tarea cerebral de explorar el mundo, y en la hepática representada en la capacidad de asimilar en carne propia las heterogéneas cualidades superyoicas del entorno, la ternura establece un sentido profundo que alude al corazón. Este, como un engendro mesodérmico, da lugar a una humanidad que, trascendiendo a los seres que denominamos

humanos, establece una dimensión del deber como un “tener que”, que extiende esa humanidad a las especies en las cuales podemos identificar la cualidad que completa las tres características (deber, querer y poder) oscilando entre sus dos variantes extremas: la perentoria necesidad y el postergable deseo.

Capítulo 6

¿Te acordás?



La oración “¿te acordás?” es una locución que se usa con frecuencia y que puede ser oída o pronunciada desde un sentimiento melancólico. Es lo que parecen transmitir los versos: “¿Te

acordás, hermano, qué tiempos aquellos? / Veinticinco abriles que no volverán”.

También puede ser un enunciado que se expresa o que se oye como una forma de aludir a un recuerdo, con el deseo de saber si se trata de sentimientos que permanecen en la consciencia del interlocutor y pueden, si es así, evocarse ahora y compartirse.

Pero, además, y sobre todo, preguntar si te acordás expresa un asunto conmovedor y más profundo, que contiene la necesidad de saber cuál fue el valor que, para el interlocutor actual, el episodio convocado tuvo en su momento, y saber cuánto de la magnitud de aquel valor todavía se conserva y ayuda a conocerlo.

Esa última cuestión —saber cuál fue la magnitud que, para el interlocutor actual, tuvo en su momento lo que hoy se evoca, y lograrlo

ENVEJECER

a través de lo que conserva conscientemente en sus recuerdos— es el motivo principal que conduce a pronunciar: “¿Te acordás?”.

Está lejos de ser casual que “acordar”, “concordar” y “cordura” aludan a la víscera cordial, y que “recordar” signifique, por su origen, “volver al corazón”.

Capítulo 7

Recuerdos y proyectos



“Lo mejor lo queremos
de un mañana, siempre,
y es de un ayer, siempre”.
“Lo que no se convierte
en recuerdo no fue.
Y tal vez no es.
Porque no fue”.

LUIS CHIOZZA

“Para sentir mis cosas de hoy
necesito el recuerdo de mis
cosas de ayer”.

“Lo único que complace
es el ayer”.

ANTONIO PORCHIA

“El que tiene un porqué
para vivir soporta
casi cualquier cómo”.

FRIEDRICH NIETZSCHE

“Feliz es el hombre bien
templado / que del hoy se hace
dueño indiscutido,
/ que al mañana increparle
puede, osado, / extrema tu
rigor, que hoy he vivido”.

HORACIO

Cuando uno se ve en una fotografía de veinte años atrás, se sorprende. Algo similar nos sucede con los hijos adultos, que una vez fueron niños. Siempre habrá una parte de

la vida que se vive de una manera saludable e inconsciente, y otra que nos conduce a pensar. Hay una identidad permanente que consta en las fotografías de nuestros documentos, aunque no es casual que, a veces, se exija renovarlos. De lo que ayer había algo perdura y algo ya no existe más. Mañana habrá algo todavía (*still*) de lo que hoy existe, y también habrá algo de lo que hoy no existe todavía (*yet*). Mientras hay quienes se preocupan porque ya no serán lo que una vez fueron, otros piensan que podrán por fin lo que nunca pudieron. La palabra “nunca”, por su origen, significa “no siempre”, de manera que en la frase anterior podríamos decir: “Serán por fin lo que no siempre fueron”.

Mientras que lo que somos *ahora* (sea que lo aceptemos o que lo neguemos) suele quedar bien representado por la forma actual de

nuestro cuerpo, que habita un espacio (dos cuerpos no pueden ocupar simultáneamente el mismo lugar en el espacio), lo que *entonces* fuimos o lo que seremos reside en esa parte que llamamos alma, y que transcurre en un tiempo que no permite realizar, “al mismo tiempo”, dos acciones que, como exhalar e inhalar, son contrarias, es decir, antagónicas. Vivimos, así, en un *entonces* que transcurre en una amalgama entre el ayer que nos suele producir *nostalgias* y el mañana que nos suele provocar *anhelos*.

“Ahora” y “entonces” son dos “compartimientos” del alma que huyen de un presente cronológico (o kairológico), para confluir en “un presente atemporal en el cual lo que fue no ha dejado de ser y lo que será ya ha comenzado”. La única importancia que tiene para el alma lo que *es* nace de la importancia que

tienen para el alma lo que fue y lo que será. Sin esos dos, entonces nuestro ser actual se vacía de emoción y de intención. El presente actual sólo puede estar dotado de sentido, “fabricándolo” con las pautas afectivas que determinan, desde la idea de un ayer, nuestras emociones, y con las metas que determinan nuestras intenciones orientadas hacia la idea de un mañana. El sentido (en su doble acepción de emoción y de intención) es el significado que origina la importancia y los valores, dado que lo que valoramos depende de lo que nos importa y lo que nos importa depende de lo que sentimos.

La palabra “recordar”, que significa “volver al corazón”, re-presenta y re-actualiza algo que se proyecta desde un ayer hacia un mañana. Recordemos las sabias palabras de Porchia: “Estoy en el ayer, en el hoy. ¿Y en el mañana? En el mañana estuve”.

El *carpe diem* de Horacio sólo puede ser concebido pensando en algo más que en vivir en un eterno presente. El presente actual sólo puede estar dotado de sentido (y de responsabilidad) si se construye con nostalgias y anhelos que amplifican el presente con esmero y decoro.

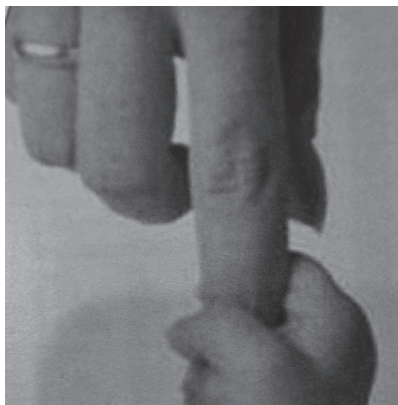
Nuestros recuerdos y proyectos no existen aislados del entorno, dado que vivir es convivir, y el placer mejor logrado es complacer. No cabe duda de que una relación valiosa no puede construirse sin suficiente tiempo para compartir los recuerdos y proyectos que debemos emprender, rechazar o postergar, asumiendo compromisos y riesgos que son inseparables de la vida. El acercamiento entre dos personas será siempre un proyecto en común que hace historia. Cuando no se comparten los proyectos o se interpreta de manera muy

ENVEJECER

diferente la historia compartida, proyectos fallidos o recuerdos encubridores conducen hacia una separación que no sólo es inevitable, sino además saludable.

Capítulo 8

Mi cuerpo, los otros y yo



“Mi yo ha ido
separándose
de mí,
y hoy es mi más lejano tú”.
“Uno no se encuentra nunca
como yo, como uno,
se encuentra como cosas,
como personas, como tiempo”.

LUIS CHIOZZA

“De lo que eres tú
y en lo que eres tú
no eres nadie en lo que es el
todo. No existes”.

“Mi cuerpo me separa
de toda cosa,
nada más que mi cuerpo”.

“Cuando busco mi existencia
no la busco en mí”.

“Cuando somos,
somos uniones”.

“Uno es uno con otros,
solo no es nadie”.

“Nadie está hecho
de sí mismo”.

ANTONIO PORCHIA

El conocimiento de “mi cuerpo, los otros y yo”, tres categorías que han llegado a constituirse como tres interlocutores distintos con los que cada uno de nosotros dialoga, ha pasado por avatares que nos permiten diferenciar tres “épocas”.

Una época mítico-religiosa evolucionó desde el politeísmo hacia el monoteísmo y conserva

sus raigambres inconscientes en las supersticiones del hombre actual, entre las cuales cabe destacar el exagerado poder que hoy le atribuye a la ciencia. En la época mítico-religiosa, sucede que surge en Mileto, doscientos años antes de Platón y del siglo de oro de Pericles, en el siglo VI a. C., una civilización presocrática, entre cuyos hallazgos se destaca el registro de las letras vocales, cuya pronunciación es imprescindible para la comunicación de emociones.

Sobre otra época, la científica, es posible decir, usando como paradigma los valiosos y respetables desarrollos de Newton, que se ha fracasado, una y otra vez, intentando descubrir en el amor fórmulas matemáticas, como la ciencia logró hacerlo con la fuerza de la gravedad.

La tercera época, por fin, es aquella en la que una parte de la realidad ha vuelto por sus fueros y nuevos conceptos condujeron a nuevas

actitudes. La ciencia, lejos de limitarse a medir cantidades y a controlar los acontecimientos que explora, se esfuerza hoy en revalorizar cualidades y comprende la importancia de tratar de participar en los procesos que procura conocer.

Sabemos que, en un eterno vaivén, lo que se junta se separa y lo que se separa se vuelve a juntar. Es lo que sucede entre el cuerpo y el alma, cuya relación siempre ha generado una intriga. De allí surge el juego que realiza una madre con su hijo, que existe en diversas culturas (en la española y en la inglesa, por ejemplo). Mueve la manito del bebé frente a los ojos de ese hijo mientras le canta: “Qué linda manito que tengo yo...”. “Yo” no es ella, es el bebé, y con este juego la madre integra en su hijo pequeño la sensación propioceptiva de la mano movida con la percepción visual de esa mano.

Se dice que en la primera época, cuando la humanidad se organizaba agrupándose en lo que denominamos “tribu”, la paternidad no se atribuía a un determinado integrante de la colectividad constituida, y la noción de lo que denominamos “yo”, como pronombre personal en primera persona, no existía.

En la segunda, en cambio, no sólo nace la entidad personal que denominamos “yo”, como *pronombre*, sino que se desarrolla progresivamente hasta constituir un engendro hipertrófico que desemboca en las actitudes que denominamos egoístas.

En la tercera, que es la que hoy transitamos con una escasa consciencia colectiva de su trascurso y su significancia, el yo nos ha revelado su carácter no sólo relativo, sino sobre todo ilusorio.

Capítulo 9

El camino de los sueños



“A veces sueño que estoy
despierto. Y es así como sueño
el sueño de mi sueño”.

“El dolor no nos sigue:
camina adelante”.

“El dolor está arriba, no abajo.

Y todos creen que está abajo.

Y todos quieren subir”.

ANTONIO PORCHIA

LUIS CHIOZZA

“Chuang Tzu se ve a sí mismo
como una mariposa feliz,
y al despertar, no sabe si es un
hombre que soñó ser mariposa
o una mariposa que sueña ser
hombre”.

“La experiencia me enseña que
el hombre que vive sueña lo
que es, hasta despertar.
[...] La vida es sueño y los
sueños sueños son”.
CALDERÓN DE LA BARCA

Se suele pensar que envejecer es malo, pero hay que admitir que la otra solución nos parece peor. Adquirir y crecer involucran renunciar y duelar. Freud subrayó la continuidad que existe entre los sueños oníricos y los sueños diurnos. Melanie Klein incluía a los sueños diurnos en su concepción de las fantasías inconscientes. Es posible afirmar que nuestras

fantasías inconscientes trascurren entre la nostalgia y el anhelo. Y es bueno si trascurren sin queja, sin reproche y sin culpa.

Crecer y adquirir capacidad llevan implícita la sustitución de algunos hábitos que costó construir. Los conocidos dolores del crecimiento no sólo se manifiestan en lo que llamamos cuerpo. Perfeccionar lo que sabemos hacer nos conduce, con frecuencia, hacia el aprendizaje de hábitos nuevos que llevan implícito sustituir la tranquilidad de una costumbre por la aceptación de una inquietud.

No sólo vivimos entre la nostalgia y el anhelo, también nuestra existencia transcurre entre la aceptación de que estamos determinados por el movimiento de átomos que escapan a nuestro control (lo que nos hace la vida) y el sentimiento de que lo que hacemos influye en lo que nos ocurre (por la vida

que hacemos), dado que sin ese último sentimiento de *libre albedrío* nada podría motivar nuestros actos.

En otras palabras, nuestra vida transcurre mientras nos dirigimos sin cesar hacia algo que *nos hace falta*. Una falta constituye, al mismo tiempo que una *carencia*, un delito u omisión perjudicial o inmoral, que genera un deber, una *deuda* que debe ser subsanada. Necesitamos admitir, sin embargo, que nos hace falta que algo nos falte para que nuestros actos posean un significado, un sentido, en su doble connotación de dirección y motivo, o de causa y propósito.

Los verbos denominan las distintas acciones que ejercemos. Pero tres de ellos en particular, “querer”, “poder” y “deber”, funcionan como adverbios que se usan para cualificar distintos modos que solemos adoptar frente

a los actos que otros verbos denotan. Tienta sostener que el querer es “cardíaco”, el poder es “hepático” y el deber es “cerebral”.

Mientras en la adolescencia todavía predomina el niño pensante que tenemos adentro, en el climaterio, que se suele valorar peyorativamente y que constituye una segunda adolescencia, uno divisa una y otra vez el horizonte de proyectos y recuerdos que dan sentido a su vida y, frecuentemente apresado en el detalle de todo aquello que parece urgente, se refugia en “lo pensaré mañana”. Y *cuando ese mañana llega se llama senectud y todo tiende a ser de otra manera.*

Capítulo 10

Lo que las cosas son y lo que dicen



“Lo que dicen las palabras
no dura. Duran las palabras.

Porque las palabras son
siempre las mismas y lo que
dicen no es nunca lo mismo”.

ANTONIO PORCHIA

LUIS CHIOZZA

“El sentido de la vida es la
ofrenda de la vida [...] no sabía
qué difícil era comprenderlo
y cuanto más difícil era [...]
actuar de acuerdo con ello. [Se
comprende] que ya que existe
tanto odio el sentido de la vida
se lo atribuyamos al amor [...]
un amor porfiado [...] porque
[...] en realidad es un desafío
[...] un regalo, una pasión,
también una esperanza. [...]
No es posible definir el sentido
de la vida, pero se lo puede
experimentar y padecer con
total claridad”.

VICTOR VON WEIZSAECKER

“El descubrimiento del amor
porfiado, y de que el sentido
convierte a la vida en una
ofrenda que otorga un para
qué y un para quién se vive,
nos conduce a ejercer (en
primer lugar hacia nosotros
mismos) el mayor de los dones

ENVEJECER

(el per-don) que natura y
cultura mancomunadas
nos otorgan”.

Mientras vivir conduce, en forma natural, a juzgar lo que las cosas son, y lleva implícito asumirlas en toda su significancia, psicoanalizarse y psicoanalizar requieren, en cambio, introducirse en un modo de vivir que lleva implícito ocuparse de lo que las cosas significan. De más está decir que suele ser una deformación profesional, propia del ser psicoanalista, la incapacidad de salirse de ese rol que ejerce diariamente. De modo que con frecuencia sucede que continúe prestando atención, en forma predominante, a lo que las cosas significan, en lugar de vivirlas, como es normal en una inmensa mayoría de veces, de acuerdo con lo que él (que lleva dentro de sí un “hombre de la calle”) cree que las cosas son. Una

conocida humorada cuenta que una psicoanalista saluda a su colega diciéndole: “Buen día”, y este se pregunta: “¿Qué me habrá querido decir?”.

Forma una parte significativa de nuestra contratransferencia, cuando psicoanalizamos a un paciente, que debemos tolerar la contradicción inevitable entre sentirnos determinados por acontecimientos que escapan a nuestro control, acerca de los cuales sabemos que influyen en el más mínimo de nuestros actos, y el sentimiento, opuesto, de que somos capaces de movernos de acuerdo con nuestros deseos, influyendo en el curso de los acontecimientos. Agreguemos que la capacidad para percibir en la contratransferencia leves indicios de algo que ya se ha iniciado suele confundirse con la posibilidad de pronosticar y acertar adivinando.

También pudimos aprender, durante el ejercicio de nuestra profesión, a valorar la diferencia que existe entre una trascendencia que incluye perpetuar el nombre de la persona que trasciende en el recuerdo de otra gente (más allá del momento en que su corazón se detiene sin volver a latir) y otra trascendencia en la cual sólo perdura la espiritualidad que anima ese recuerdo.

La importancia de las palabras “serás lo que debas ser o serás nada” no depende de que las haya pronunciado el prócer San Martín.

Capítulo 11

La subsistencia semántica



Raymond Ruyer

“Trataré los sucesos de
la naturaleza como si
constituyeran un lenguaje,
convencido de que el mundo
puede ser ejemplificado de

igual manera, si no es que mejor, suponiendo que es un lenguaje universal en lugar de una gigantesca maquinaria de reloj; específicamente, usando el metalenguaje del lenguaje común, consistente en ‘signo’, ‘cosas significadas’, ‘reglas de gramática’, etc., en lugar del vocabulario propio de las máquinas, consistente en ‘partes’, ‘efectos’, ‘causas’, ‘leyes de operación’, etc., para describirlo”.

COLIN TURBAYNE, *El mito de la metáfora*.

Raymond Ruyer describe un lenguaje matricial análogo al postulado por Freud y por Chomsky, al que considera, si no generador, por lo menos contemporáneo de las estructuras orgánicas. Se refiere a que la función del cerebro corresponde a la de un órgano especializado en la materialización “no corporal”

de herramientas. Una función que integra una energética con una hermenéutica y que evita, de ese modo, el comprometer de manera irreversible la estructura anatómica en el desempeño de ciertas tareas.

Afirma que todo órgano natural posee, al lado de la subsistencia física que le corresponde como entidad material y energética, una subsistencia semántica que trasciende a la primera y es de otro orden. Una palabra no subsiste fundamentalmente por la mera duración de la tinta que la perpetúa en un diccionario. Depende ante todo de la existencia de la voluntad de un hablante y una ocasión que la generan en cada pronunciamiento individual.

De manera análoga, los órganos vitales o los organismos mismos poseen una continuidad semántica que trasciende su subsistencia física particular y se manifiesta como

pronunciamiento en cada acto creativo. Al lado de la subsistencia física de un ojo y una mano particulares, existe, por lo tanto, una subsistencia semántica, inherente y específica, que constituye al ojo y a la mano como entidades dotadas de un significado “propio”. Podemos agregar que estas entidades o fantasías pertenecen a la existencia física particular de un ojo y una mano de un modo semejante a como, de acuerdo con la teoría psicoanalítica de las zonas erógenas, las fantasías orales pertenecen al órgano boca.

Volvamos una vez más a Freud, cuando afirma que tanto la histeria como el lenguaje extraen sus materiales de una misma fuente inconsciente. Es esta fuente inconsciente, universal y congénita, el lugar donde el lenguaje es un órgano natural y el órgano natural se arraiga en una subsistencia semántica que

ENVEJECER

lo trasciende. Tal vez por eso se ha dicho, metafóricamente, que el organismo es una descripción analógica del ADN y este último, una descripción digital del organismo.

Capítulo 12

La vida se diseña a sí misma



“El yo que hago yo quiere
hacer algo él también,
y me hace a mí”.

ANTONIO PORCHIA

Podemos ordenar en forma de espiral algunos
de los estados que recorre el embrión humano

tal como los publica la embriología. En su crecimiento intrauterino, adquiere formas que sucesivamente lo asemejan, por ejemplo, a un pez, un anfibio, un batracio, una tortuga y un cerdo.

Las formas que recorre nos recuerdan que, a través de un ADN muy similar, en la cantidad y en la composición molecular de los genes, se construye la diferencia que existe entre un gorila y un colibrí. La fórmula que constituye el plasma genético del insecto conocido como la mosca de la fruta sólo se diferencia en un 2 % del que constituye al ser humano.

Reparemos en que algunos biólogos, como por ejemplo Markos, sostienen que el ribosoma, que “lee” el texto genético, es *coautor de lo que lee*, y que la vida, viviendo, se diseña a sí misma.

Todo círculo no sólo concluye su trazado encerrando un espacio, sino que además

establece una *membrana* que divide entre un adentro y un afuera, dado que los estados que recorre el embrión humano permiten aludir a una evolución filogenética.

Ordenarlos, para formar con ellos una espiral, permite representar que sus cambios permanecen abiertos al porvenir. Si, como señala Prigogine, la vida transcurre en un borde inestable entre el orden y un caos determinista, podemos encontrar en la espiral un símbolo que alude a que un ser vivo siempre modifica, en cada nueva edición, aquello que repite. Tal vez una escalera caracol, con su trayecto helicoidal tridimensional (que se recorre en un tiempo que constituye una cuarta dimensión que no se puede representar espacialmente utilizando las coordenadas habituales) puede representar mejor lo que la espiral intenta transmitir.

Entre las cuatro formas de lenguaje que señalaba Lewis Thomas, es el lenguaje tres, que encuentra en las matemáticas su mejor paradigma, el que se apoya en un logos que legitima su racionalidad. Es importante señalar que, más allá de sus fundamentos racionales, las matemáticas se establecen como un conjunto de fórmulas que representan un cierto orden que se opone a un determinado caos.

Reparemos en que las matemáticas que el ser humano pretende “construir” no son inventos, son descubrimientos que ya se hallan implícitos en las formas que adopta el universo en la mente humana. Sorprende comprobar que la serie numérica que Fibonacci ha hecho célebre genere, si se la representa geométricamente, una espiral típica que abunda en la naturaleza.

La encontramos formando el caparazón de algunos moluscos como el *nautilus*, la versión

viva de sus parientes fósiles, los *amonites*, algunos de los cuales fueron gigantescos. En la disposición de las hojas en los tallos de los árboles, en las flores de los alcauciles y los girasoles, en la configuración de las piñas de las coníferas, en la dinámica de los huracanes y en la organización de las galaxias. En las proporciones del cuerpo humano, sus partes y subpartes, en las huellas digitales, y en cómo el ADN codifica el crecimiento de las formas orgánicas complejas. Pero también en las tendencias bursátiles, en la teoría de los juegos, en realizaciones arquitectónicas o musicales y en otros numerosos y maravillosos engendros de la naturaleza y la cultura.

Capítulo 13

Personas y personajes



“Hoy mi memoria es un
millón de nombres, de
personas y de cosas, casi sin
personas y sin cosas”.

“Con algunas personas
mi silencio es total: interior
y exterior”.

ANTONIO PORCHIA

En 1938, dos meses antes de morir, y en un escrito que no llegó a ver publicado, Freud establece cuatro premisas afirmando que son de una significatividad enorme. Rechaza el dualismo cartesiano que fundamentó su metapsicología. Afirma que lo que registramos como cuerpo, el supuesto concomitante somático, es lo psíquico inconsciente. Hay que reconocer en lo psíquico inconsciente lo verdaderamente psíquico, lo psíquico genuino. Hay que buscar alguna otra apreciación para los procesos conscientes.

Es conmovedor constatar que un hombre como Freud, con una trayectoria plena de realizaciones culturales geniales y fructíferas, que trascienden el ámbito de su profesión, haya soltado sus amarras en el último año de su vida, para emprender, asumiendo las consecuencias de la segunda hipótesis, un

vuelo visionario hacia el portal de un territorio ignoto.

El germen de esa idea ya estaba en 1895, cuando, en el historial de Isabel de R., señala que tal vez la histeria no cree sus materiales por simbolización, sino que los extraiga de la misma fuente de la que los extrae el lenguaje. Una mirada atenta permite comprobar que la obra (en principio metapsicológica) de Freud está llena de una metahistoria que no llegó a formular explícitamente como tal. Narciso, Prometeo y Edipo no sólo son representantes de las tres hojas embrionarias, ectodermo, endodermo y mesodermo, que evolucionan generando un cerebro, un hígado y un corazón. Además nos permiten observar que las “efímeras” personas culminan en personajes que las trascienden y perduran más allá de la transitoriedad de su trascurso. Es lo que surge

cuando comparamos la brevedad de Cervantes o de Quino con la eternidad de Don Quijote o de Mafalda.

Tal como sostuvo Luigi Pirandello en *Seis personajes en busca de un autor*, o en *Uno, ninguno y cien mil*, o mejor aún en *Fue Matías Pascal*, o en el conmovedor coloquio con su madre muerta, tanto Narciso como Prometeo o Edipo no fueron personas, sino personajes que Freud utilizó para psicoanalizar a las personas que ocuparon su diván o habitaron sus escritos cuando estudió sus biografías, como ocurrió, por ejemplo, con Leonardo da Vinci. Quizá haya sido este modelo el que inspiró los *estudios patabiográficos* que permitieron realizar *patobiografías*.

Capítulo 14

La inteligencia artificial



“La rectitud,
donde se aplica tuerce”.
“La condenación de un error
es otro error”.

ANTONIO PORCHIA

Sabemos que el vocablo “inteligencia”, que por su origen denota la posibilidad de *interlegere*, de “leer entre líneas”, es una capacidad

que reconocemos en los seres vivos que “se adaptan” a su entorno, o a sus circunstancias, como diría Ortega.

La inteligencia, que hoy se suele atribuir a determinados ingenios que denominamos máquinas inteligentes, y acerca de las cuales pensamos que en ellas opera la sabiduría de una inteligencia artificial, nos suscita, de inmediato, algunas reflexiones.

Es cierto que en los reinos que postula Margulis (monera, proctista, fungi, plantae y animalia) reconocemos la existencia de maquinarias, como por ejemplo el metabolismo de los ácidos tricarboxílicos (el ciclo de Krebs), clave en la respiración celular que libera energías contenidas en carbohidratos, lípidos y proteínas, y participa en procesos anabólicos y catabólicos. Pero también es cierto que el ejercicio de esa “inteligencia” natural no parece

provenir de la decisión de un organismo vivo particular, sino del ecosistema en el cual transcurre inmerso, y en todo caso no surge como un proceso que nace de la libre voluntad del individuo en donde ocurre.

Pero el principal equívoco que abunda en nuestros días proviene de otros pensamientos mal pensados. No cabe duda de que las respuestas que ofrece la inteligencia artificial expresan, con frecuencia, errores garrafales o tautologías (palabras que repiten lo mismo que se ha dicho sin ofrecer nueva información). Tampoco cabe duda, entonces, de que *la “inteligencia” artificial carece de la inteligencia que se le atribuye erróneamente.*

No tiene sentido atribuirle inteligencia, que es una cualidad presente en seres vivos, a un artificio que repite, “como loro”, que “en los hombres el dedo anular tiende a ser

más largo que el índice debido a la exposición prenatal a la testosterona”, y si insistimos, nos dará una exposición “detallada” que no agrega gran cosa. La conclusión es clara: atribuirle inteligencia es lo mismo que atribuirle inteligencia a un diccionario, sin reconocer que lo que allí se encuentra es lo que puso un ser humano.

Si consideramos que la inteligencia llamada artificial es *propia* de la máquina que la muestra, no deberíamos llamarla artificial (es decir, hecha por el hombre), sino cibernética.

Más allá de la difícil cuestión que surge en torno de si debemos considerar que un virus que “se inyecta a sí mismo” dentro de una célula, “para aprovechar” la maquinaria celular, “a los fines” de lograr su propia proliferación, es un ser vivo o no lo es, debemos reconocer que, tal como lo señala Weizsaecker, la

frontera entre lo que está vivo y lo que no lo está nunca ha quedado clara.

En nuestra existencia cotidiana, solemos distinguir entre las organizaciones que consideramos seres vivos y aquellas otras que, aun formando parte del ecosistema del planeta, no poseen las cualidades que atribuimos a la vida. Sin embargo, a pesar de esa enorme diferencia, la inteligencia cibernética nos produce una mezcla que oscila, exagerando, a un mismo tiempo entre el entusiasmo y el temor de una aprensión oscura.

Alguna vez llegamos a creer, impulsados por un entusiasmo equivocado, que la inteligencia cibernética, que se desarrolla independientemente de los designios que el hombre introdujo en sus circuitos, constituía algo que comparamos, sin razón, con una especie nueva. Incurrimos así en el error de no reconocer

que, sea lo que fuere que la inteligencia cibernética desarrolle “por sí misma”, por más complejo y asombroso que pueda resultarnos, no nos permite desconocer el hecho incontrovertible de que una tal inteligencia (aunque ya no es artificial, porque va más allá de lo que el hombre es capaz de hacer, y aunque pueda denominarse inteligencia por su capacidad “para leer entre líneas”) no posee las características que cualifican a una especie que consideramos un ser vivo.

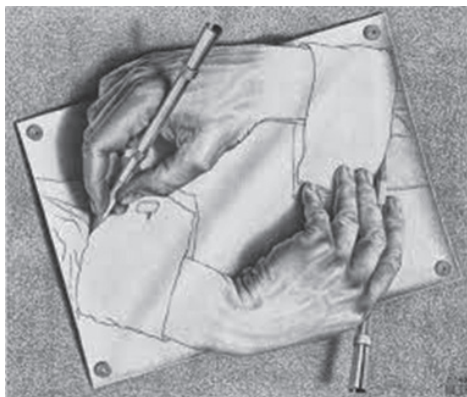
Allí y así, estamos, pues, en un mundo que en parte nos asusta, porque lo consideramos invadido por seres extraños, que “piensan” en nanosegundos y obedecen sus propios designios. Incurriendo en negar que no son ni serán nunca seres vivos, los imaginamos animados por propósitos que se nos antojan “intenciones”, minimizando la enorme diferencia que

ENVEJECER

existe entre un reloj despertador que remeda la forma de un pájaro cucú y un gallo que canta en la aurora para establecer su territorio y su dominio.

Capítulo 15

Pensaron...



“Todos mis pensamientos son
uno solo. Porque no he dejado
nunca de pensar”.

ANTONIO PORCHIA

Pensaron que un Dios, llamado marciano,
fue creando, como producto de una lenta

evolución, las máquinas minerales, vegetales, animales y humanas, interrelacionadas entre sí por fenómenos como la fotosíntesis o la fecundación de las flores por insectos o pájaros.

Pensaron que esas máquinas funcionaron, interrelacionadas, durante milenios y que una de ellas, el hombre, sintiéndose vivo e incapaz de conocer la “fórmula” de los “circuitos impresos” pensados por el Dios marciano, que la hicieron posible, tomó a esas fórmulas por sustancias esenciales, “no pensadas”, existentes de por sí y vacías de la interioridad que el hombre poseía.

Pensaron que, durante un tiempo, al hombre lo asombró la “casualidad” de que pudieran inyectarse a un ser humano y con un efecto definido, “transistores” que, como la morfina, provenían de un vegetal al que el hombre no reconocía como hermano.

Pensaron que lo anterior no había cambiado. Que el hombre, un robot capaz de trazar su propio programa, dio en crear una máquina cibernética que, estando “casi” tan viva como él, lo llevó a sentirse máquina y Dios al mismo tiempo, y a suponer que Dios se preguntaría, cuando contemplara al hombre surgido de un programa que el hombre mismo recreaba, cuál sería la fórmula de su propio “circuito divino”.

Sólo al salir de las “ruinas circulares” (Borges), pudieron las máquinas comprender que Dios crecía junto con ellas, en la estructura del conjunto al cual ellas iban dando cada vez más vida y más “interioridad”, relacionadas entre sí. Y que, desde la misma intimidad de la trama, mineral y viva, nacían las raíces de Dios (que concibió Spinoza), junto con ellas, las máquinas, en cada sustancia.

